

EDWARD WILSON-LEE

EL POETA Y EL ARCHIVERO

UNA NUEVA ÉPICA DE LA EXPANSIÓN
IBÉRICA EN PLENO RENACIMIENTO



Ariel

Edward Wilson-Lee

El poeta y el archivero

Una nueva épica de la expansión Ibérica
en pleno Renacimiento

Traducción de Beatriz Ruiz Jara

Ariel

Título original: *A History of Water. Being an Account of a Murder,
an Epic and Two Visions of Global History*

Primera edición: noviembre de 2023

© Edward Wilson-Lee, 2022

© Beatriz Ruiz Jara, por la traducción, 2023

Iconografía: DAU/Grupo Planeta

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3691-6

Depósito legal: B. 18.436-2023

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



Índice

<i>Mapas</i>	9
<i>Nota sobre la pronunciación del portugués.</i>	13
1. Una muerte en el archivo	17
2. Ni carne ni pescado	25
3. Casa del humo	42
4. Un agujero en la pared, una cavidad en la escalera	56
5. La Casa de India	70
6. El degradado	93
7. Entre la copa y el labio	111
8. Cocinar el mundo	128
9. Verano del 7037	148
10. Príncipe de los fantasmas	164
11. Zapatos de hombres muertos	183
12. Nuestros dioses agonizantes	205
13. Dentro de un perro	220
14. Historia tragicomarítima	238
15. La tierra detrás del viento	252
16. El cuento de la tribu	264
17. Cuando more en la oscuridad	274
18. Todas nuestras hojas dispersas	286
<i>Agradecimientos</i>	301
<i>Notas</i>	305

<i>Fuentes y créditos de las imágenes</i>	371
<i>Índice alfabético</i>	375

Una muerte en el archivo

Fue en los últimos días de enero de 1574 cuando Damião de Góis inició el lento proceso que había de transformarlo en papel. Este desenlace tal vez no habría sido causa de una especial sorpresa para un hombre que se había pasado la vida rodeado de documentos, por ser el *guarda-mor* encargado del archivo real portugués. Se anotó en el libro de registros de su parroquia en la villa de Alenquer, a un día y medio de viaje desde Lisboa, con la pluma de ave cortada del sacristán adhiriéndose al fibroso papel mientras escribía que «el día trigésimo del mes de enero del año 1574 Damião de Góis murió y fue enterrado en la capilla de esta iglesia». El sacristán aun añadió, subrayando las palabras que dan fe de un enterramiento inusualmente apresurado, que «en rigor fue el mismo día y mes y año que los arriba consignados». Es una suerte que el registro fuera tan preciso en cuanto a los tiempos, y es que la lápida que Damião había encargado para su propio funeral incurría en un error: en realidad daba una fecha de más de una década atrás. Muchos han buscado sin éxito el cuerpo que fue enterrado aquel día, y lo que queda de Damião de Góis no es más que papel: al igual que ocurrió con la entrada en el registro de la iglesia, él mismo fue plegado como una carta que se abrió paso por todo el norte de Europa con la noticia de su muerte, se dispersó por Europa en innumerables copias firmadas y fue hallado inserto de mala manera en un cuaderno descubierto en un

archivo de Lisboa doscientos años después. Tal vez estos documentos pudieran explicar la discreta alarma del sacristán, pues algunos de ellos apuntaban a que el archivero del rey había sido víctima de un asesinato de lo más peculiar.

Las piezas de la muerte de Damião no encajan. Una de las versiones sugiere que en la última noche de su vida había hecho parada en una fonda y que al final de esa tarde había mandado a la cama a sus sirvientes, mientras él se quedaba despierto junto al fuego para mantener a raya el frío del invierno y «leyendo cierto papel». Entonces algo sucedió en mitad de la noche indescifrable. El informe dice que se halló su cuerpo quemado a la mañana siguiente, si bien la descripción soslaya la macabra escena para señalar que aún se aferraba a parte de aquel mismo papel que había estado leyendo la víspera, por más que el resto se había consumido, pasto de las llamas. El cuerpo estaba en el centro de la escena, manteniendo en suspenso todo lo que lo rodeaba, con la novedad de ser un mero objeto; pero lo que llamaba la atención del observador era la curiosa supervivencia del papel, menos frágil (al parecer) que la vida de Damião. El informe vacila a la hora de afirmar con certeza qué es lo que ha ocurrido, cuando las sombras bailaban como polillas al borde del fuego, con el crujido y el chasquido de la leña, en el susurro de la amplitud de la noche. En cambio, el testimonio especula que «este desastre acaeció por quedarse dormido o por algún incidente que lo privó de sus sentidos». Una anécdota algo posterior también deja constancia de su muerte a causa de las quemaduras en su rostro y pecho, cabeza y brazos, y apunta a que su fin coincidió, significativamente, con un día de auto de fe en Lisboa: las hogueras en las que se quemaba a los herejes.¹

Un tercer informe no hace mención alguna al fuego y, de hecho, sugiere que la muerte de Damião tuvo lugar en su casa. Aunque también es menos cauto en sus explicaciones sobre los acontecimientos. Si bien abre la puerta a la posibilidad de que el archivero hubiera muerto de «apoplejía»

—un término contemporáneo que aludía a un infarto o cualquier otra muerte repentina—, propone que es más probable que fuera asesinado por sirvientes ladrones, al emplear la palabra latina *suffocatus*, que puede significar tanto «estrangulado» como «ahogado».

Las pistas relativas a los sucesos de esa noche de enero están dispersas por distintos archivos de Lisboa, Amberes, Roma, Venecia y Goa, fragmentos de un hombre cuya vida estuvo estrechamente ligada a los documentos. El archivo que Damião supervisaba personalmente estaba atrinchera-do en el interior de una torre del Castelo de São Jorge, en una colina de Lisboa, un enclave que fue romano y después árabe, y más tarde, baluarte de la Corona portuguesa, aunque en ese momento hacía mucho tiempo que la corte lo había abandonado, dado que la familia real prefería vivir en el más moderno palacio ribereño. El domicilio de Damião estaba situado a poca distancia de esta Torre do Tombo —la Torre de los Documentos—, en unos departamentos con vistas a la Casa do Espírito Santo, donde los residentes del castillo asistían a los servicios religiosos. El edificio en el que vivía ya no existe, al haber sucumbido, igual que buena parte de Lisboa, al violento terremoto que destruyó la ciudad en 1755 y a la serie de incendios y tsunamis que le sucedieron. Sin embargo, la torre aún se mantiene en pie, vacía ahora aunque una vez almacenó la memoria de Portugal, como una sala oscura en la que se guardaban todos los secretos del reino. Para aquellos que están familiarizados con el archivo, bien podría parecer que no es más que un farrago de papeles en descomposición; pero esta caja de rompe-cabezas, en la cual cada documento podría hacer saltar una cerradura o conducir a un callejón sin salida, otorgaba un enorme poder a quienes conocieran su mecanismo. En las leyendas sobre China y Vietnam, culturas con las que Europa estaba entrando en contacto por vez primera durante los años de juventud de Damião, abundaban los archiveros que gozaban de la facultad de cambiar el destino de una persona

mediante la eliminación de un renglón en el libro mayor adecuado, y la Torre do Tombo era exactamente el lugar en el que podía producirse semejante alquimia.²

Damião había sido desterrado de su archivo poco antes de su muerte, si bien regresaría, por supuesto, para conjurar la torre adoptando la forma de los documentos que hablaban de su vida. Algunos de ellos confirman los rumores que sobre él circulaban en sus últimos años y que fueron motivo de escándalo incluso para sus más allegados. Entre los cargos había acusaciones de haber tomado parte en banquetes sacrílegos en más de una ocasión, de haber compartido mesa con los hombres más peligrosos de Europa, de haber conversado con ellos en su biblioteca, aun estando ellos ausentes o muertos, y todo ello mientras hacía alarde de piedad, para mayor ofensa de la Iglesia. Otros rumores ahondaban en la negrura en la que vivía. Entre ellos se incluía una queja según la cual había provocado que una imagen de Cristo quedara bañada en grasa de cerdo y salmuera, tal vez incluso orinando encima de ella, y también que se había oído salir música inquietante de sus dependencias en el castillo. La Inquisición, espoleada por un delator cuya identidad Damião desconocía —al menos en un principio— también había indagado en su colección de obras artísticas, en la que se incluían pinturas de cosas extrañas e inauditas, pinturas que obviaban las diferencias entre hombres y bestias y objetos, de modo que no estaba claro dónde empezaban unos y acababan los otros.³

Si cada muerte llega a una sola persona y, sin embargo, acaba con todo un mundo —que era suyo—, hay algunas, como la de Damião, que se extienden igualmente por buena parte del orbe. Si su vida tocó a su fin en el archivo, fue solo después de tener una juventud en la que recorrió gran parte de Europa, incluyendo muchos rincones que rara vez visitan quienes proceden de Occidente, viajes durante los cuales demostró una habilidad insólita para encontrarse presente en el epicentro de las controversias de la época.

Tampoco fue su retirada al archivo un acto que le valiera para interrumpir su relación con el mundo, ya que la torre en la que sirvió como *guarda-mor*, o guarda mayor, hacía tiempo que había dejado de ser un asunto local. Algunos de los documentos más preciados eran más antiguos que el propio país y hablaban de su fundación en 1139; pero después de que los portugueses llevaran la guerra contra sus antiguos dominadores árabes más allá del estrecho de Gibraltar en 1415, empezaron a llegar al archivo documentos desde el Magreb. A partir de ese momento, a medida que los barcos portugueses iban avanzando hacia el sur por la costa occidental de África y se adentraban en el océano Índico, la Torre do Tombo se convirtió en un repositorio de información cada vez más global. Para cuando Damião inició su trabajo allí llegaban a diario paquetes de todas partes, desde las misiones jesuíticas en Japón a las factorías con las que se comerciaba en la Terra da Santa Cruz (conocida coloquialmente como «Brasil» por su principal producto, una madera que producía un tinte rojo). Entremedias, había presencia portuguesa por todo el sur de Asia y las costas de África, en Macao, Siam, Malaca, Bengala, Coromandel, Guyarat, Persia, Ormuz, Etiopía, la costa suajili, la isla San Lourenço (Madagascar), Mozambique, El Cabo, Benín y el Magreb, así como en las islas de Cabo Verde, Canarias, Madeira y Azores.

Portugal dio inicio el tráfico europeo con buena parte de estos lugares y, al mismo tiempo, se mantuvo durante un amplio periodo del siglo xvi como el principal conducto entre Europa y la mayor parte del mundo. Esto significa que la Torre do Tombo no es únicamente la memoria en papel de Portugal con respecto a sus propios orígenes, sino que también hacía las veces de oficina de información para el conocimiento europeo respecto a un mundo que trascendía sus fronteras: un «registro universal», como lo expresó un informe de la época. Se trataba de un conocimiento que solo se podía transmitir y almacenar en forma escrita, dadas

las distancias que implicaban y la magnitud y variedad de la información. Era un archivo en su sentido más completo —recurriendo al origen dual del término como lugar de custodia y también como instrumento de poder—, pero además hacía equilibristas al borde de la anarquía, al verse incapaz de mantener en orden el mundo que estaba creciendo a su alrededor. La habilidad de Europa para concebir un orbe que iba empequeñeciendo, en tamaño y variedad, todo aquello que le era conocido hasta hacía bien poco dependía en gran medida de lo que se enviaba a la torre, lo que en ella se retenía y lo que se dejaba salir de allí. Es posible que fuera la primera vez en la historia en que lo que se hiciera con los papeles determinaba la forma del mundo.⁴

Si bien aquella época fue testigo de muchos encuentros extraordinarios, en algunos aspectos resulta más extraño que, cinco siglos después de que el tráfico entre Europa y un mundo más amplio comenzara en serio, la mayoría de los europeos sigan estando tan poco familiarizados con las culturas de África, Asia y el Nuevo Mundo. La apertura de los canales comerciales trajo consigo una marea de información acerca de los dioses, los héroes, la vida y el pensamiento de las personas de otros lugares, y, por un breve instante, pudo parecer que todo el mundo quedaría unido de un modo natural. Sabemos que no fue así: los escolares victorianos no aprendían chino ni árabe, los relatos sobre Rama y Sita no estaban en boca de los golfillos de Múnich, los políticos de Madrid no se hicieron a sí mismos a imagen de las reinas de Madagascar. Vivimos inmersos en un mercado global, pero nuestras culturas siguen siendo asombrosamente parroquiales y temerosas de lo que hay ahí fuera. No nos sorprende que esto sea así, pero quizá debería. ¿Qué extraña magia puede lograr que la gente se mantenga ignorante con respecto al otro durante tanto tiempo? La historia de este periodo es también la historia de un momento en el que todo pudo haber sido distinto, en el que podríamos habernos vuelto globales, pero no lo hicimos, y nos obsequia

con un misterio sobre por qué esto es así. En las páginas que siguen, se desarrollarán los impulsos encontrados de curiosidad y desconfianza en el seno de la vida global y los caminos cruzados de varios personajes que estuvieron presentes mientras aquel mundo recién conectado se desmoronaba.⁵

Para contar estas historias se hace necesaria una inmersión en el propio archivo, la comprensión de su extraño funcionamiento y sus prácticas infrecuentes. La historia posterior de los archivos portugueses ha contribuido a dificultar el acceso a sus contenidos, ya que, además de ser diezmados por terremotos, incendios e inundaciones, poco después de la época de Damião fueron saqueados por los españoles para su propio repertorio en Simancas, y algunas partes de lo que aún quedaba en Lisboa fueron trasladadas más tarde para su protección ante el avance de los ejércitos de Napoleón, mientras que otra porción se llevó a Brasil durante la deposición de la monarquía portuguesa a principios del siglo XIX. ¿Qué esperanza cabe, pues, de arrojar algo de luz sobre estas incógnitas en torno a la muerte de un anciano, hace prácticamente cuatro siglos, por muy intrigantes que sean? Los posibles motivos de los sirvientes para asesinarlo; la posibilidad de que un hombre pueda dormirse en mitad de un incendio sin despertar a nadie más de los que duermen en la misma casa; si fue quemado o estrangulado o ambas cosas; cómo pudo ser que una conflagración pudiera quemar a un hombre pero no el papel que tenía en la mano; la importancia de un documento chamuscado entre un ingente montón de papeles. Cabe la misma esperanza de descubrir estas cosas que de encontrar un único acontecimiento en un archivo universal y, sin embargo, eso es precisamente para lo que este fue diseñado.⁶

Cualquier esperanza de responder a estas preguntas descansa en la caja del rompecabezas del archivo. No obstante, no se trata de un puzle con una única solución; más bien presenta una miríada de formas de proceder y conduce a una sala distinta dependiendo de las decisiones que se to-

men. Si las salas del cedulario se pudieron usar como una fortaleza, también se podrían utilizar a modo de escondite. A pesar de que, inicialmente, los archivos se construyeron para salvaguardar los instrumentos del poder y para ocultar el funcionamiento secreto del Estado, los mismos podrían reconfigurarse con otros fines, como recopilaciones de lo extraño y de lo inquietante, un arca para las voces de los acusados o un armario para las escenas criminales preservadas de forma inmaculada a lo largo de los siglos. En pos de comprender el mundo en el que murió Damião aquella noche de enero es necesario abrir una historia perdida, una historia entre cuyas tinieblas seguimos viviendo y en la que hay una enorme cantidad de implicados.